

CONVERSACIÓN CON EL OBISPO J. S. SPONG 01-A

por el Reverendo David M. Felten.

8 de noviembre de 2018

PARTE 01-A .- SOBRE MENTES ESTRECHAS Y GRANDES TEMAS

David Felten: Hace años que llamas la atención sobre las dificultades dentro de la Iglesia. ¿En qué estado dirías tú que ésta se encuentra actualmente, y hacia dónde crees que habría que caminar?

Jack Spong: Estamos casi en la Edad Media todavía. En la Iglesia Católica Romana, la crisis de los abusos sexuales ha adquirido grandes proporciones y por fin sus responsables están asumiendo que esto es así, que se ha dado en todas partes y que debe de ser por tanto un problema sistémico. ¿Qué está pasando en la Iglesia Católica Romana para que esto suceda?

Y por su parte, las Iglesias Protestantes Evangélicas son anti-intelectuales y siempre van rezagadas. Más que nada se sienten inseguras y esto se ve en el hecho de que, en Estados Unidos, han abandonado todos sus principios morales al apoyar a Donald Trump, que no es, en modo alguno, evangélico. Trump, en la práctica, escupe sobre los valores y, ellos, pese a esto, lo apoyan, lo cual me indica que el movimiento protestante evangélico no tiene nada que ver con un movimiento religioso: es un movimiento social muy fuerte en busca de seguridad, sobre todo.

Por consiguiente, quien busca una iglesia auténtica lo tiene difícil. Yo encontré una pero no hay muchas. Conozco muchas iglesias, pero encontrar una que te atraiga, que te inspire y que te haga querer formar parte de ella es algo muy difícil hoy.

David Felten: Así que, en general, los católicos romanos están moralmente en un serio aprieto por su fracaso en no haber afrontado la crisis de los abusos, y los protestantes evangélicos están moralmente en entredicho por dejarse guiar por el temor y estar obsesionados por el deseo de sentirse seguros. De manera que, a causa de todo esto y en medio de ello, los protestantes de larga tradición histórica y crítica se sienten impotentes.

Jack Spong: Así es. La gente de la «iglesia troncal» (*the Mainline Church*¹) sabe demasiado para ser evangélica pero no sabe bien quiénes son ellos mismos; y éstos tampoco van a sumarse a la Iglesia Católica ahora. Con todo, aunque aquello a lo que

¹ En los EE.UU. se suele hablar de que los protestantes tienen dos perfiles: los "*mainline protestants*" cuya fe no es fundamentalista y cuya historia es más amplia (presbiterianos, luteranos, anglicanos o episcopalianos, metodistas, etc) y los "*evangelical protestants*" cuya fe es fundamentalista y literalista sobre todo en relación con la interpretación de las Escrituras. El obispo episcopaliano J.S. Spong y el pastor metodista Felten hablan aquí según esta distinción de dos tendencias, ambos se sitúan en la *Mainline Church*, término difícil, si no imposible, de traducir en castellano.

he dedicado toda mi vida tiene serias dificultades para poder expresarse en las instituciones, aun así, creo que esta orientación y esta dedicación valen la pena.

David Felten: Ponme un ejemplo de este trabajo que dices ha sido la tarea de toda tu vida y que todavía no ha encontrado sus vías de expresión.

Jack Spong: Bueno, empecemos por el concepto básico de Dios. No creo que Dios sea un ser y, sin embargo, se le considera como tal en todas las Iglesias. Yo creo que Dios es el “Fundamento del Ser”. Esta expresión es de Paul Tillich. No dice mucho a la mayoría pero a mí me ayuda a expresar de otra manera lo que es Dios. Creo que Dios impregna el mundo. Podría muy bien ser que Dios fuese el fundamento de todo lo que es. Pero si intentas decir esto en la Iglesia no resulta *cómodo* porque una expresión como ésta no ofrece seguridad.

Una de las cosas que pienso acerca de la Iglesia es que, si fuera realmente fiel a sí misma, no daría seguridad. Transmitiría la capacidad de vivir en la inseguridad. Pero esto no es muy popular. La gente prefiere vivir engañada. Pero una Iglesia que fuera íntegra no los engañaría.

David Felten: ¡Caramba!

Jack Spong: Exacto. No sé qué decir. He pasado toda mi vida en la Iglesia. He sido un responsable encargado de muchas iglesias locales y no puedo pensar apenas en ninguna de ellas en el sentido de que me gustaría asistir a ella como uno más, y sentarme en sus bancos. Sin embargo, hay algunas —unas pocas— que me dan alguna esperanza de que sí hay integridad en la Iglesia. Pero no son muchas.

Hay personas que han respondido favorablemente a mi ministerio en el transcurso de los años y siguen intentando ir a la iglesia pero ésta no responde a lo que ellos buscan. Muchos de mis amigos más cercanos son “creyentes en el exilio”. Quieren creer pero no encuentran en la iglesia algo que les convenza. Así que están como en el exilio, por ahí.

David Felten: Dinos algo acerca de esta forma tuya de creer, que la iglesia no sabe expresar pero que sin embargo la gente intuye.

Jack Spong: No sé cómo hablar de esto. Estoy convencido de que hay un Dios. Estoy convencido de que la vida tiene una dimensión espiritual con la que me gustaría estar en contacto. Estoy convencido de que es algo que se puede experimentar en cualquier aspecto de la vida. Pero me cuesta mucho decir lo que es.

David Felten: Sin embargo, no vas a desistir.

Jack Spong: Exacto. Soy una de esas personas que rechaza renunciar; soy como Jacob luchando con el ángel. No voy a desistir hasta que reciba la gracia. Esto es enormemente importante para mí. Y no siempre lo puedo expresar a los demás.

He recorrido toda la gama de las actividades eclesiolásticas, y podría encontrar el modo de hablar alto y claro acerca de algo en cualquiera de ellas. Sin embargo, pienso que las iglesias han elegido o ser instituciones religiosas (que es una forma segura de morir) o ser unas Iglesias donde priman las actividades sociales (que también es otra forma de morir), y lo hacen sin juntar nunca ambas. Así nunca presentaremos el cristianismo como la expresión de una forma de estar en el mundo.

David Felten: Durante tu recorrido, has tratado de expresar algunas de tus reflexiones y está claro que ha habido gente con hambre de lo que tú les has ofrecido.

Jack Spong: Creo que es verdad aunque ignoro en qué ha consistido. Durante toda mi vida, en cualquier parte, se me acercaba gente que tenía hambre; venían con la esperanza de ser alimentados y con la idea de que yo estaba en contacto con algo que ellos no tenían.

Esto ha sido algo muy importante para mí. Pero me cuesta formular en qué consiste esto que les comunicaba. Así es como están las cosas ahora para mí. No me desespero y no pienso dejar la Iglesia. Moriré en ella. Ha sido mi casa y un lugar que he querido mucho. Pero también es causa de mi exasperación. Me lleva al límite permanecer en ella.

David Felten: ¿Qué es lo que más te exaspera?

Jack Spong: Las mentes estrechas. No sé cómo expresarlo de otra manera. La gente acude a la Iglesia con la esperanza de sentir seguridad pero no lo consigue. Y si la Iglesia les hace sentirse seguros, es que no han captado el sentido de la Iglesia cristiana. La tarea de la Iglesia cristiana es la de ayudarnos a vivir la inseguridad de la vida. No vamos a poder soslayar esta inseguridad. Todos vamos a morir. Será mejor que nos preparemos para ello. Todos estamos sumergidos en aspectos vivenciales que no van a durar para siempre. Y si te dejas penetrar por esto, te sumerges en la desesperación porque no tienes respuesta.

Sin embargo, hay algo que está más allá de lo que puedo ver, saber y tocar y siento que estoy en contacto con ello. No sé cómo referirme a esto pero nunca lo dejaré de lado. Es algo que me sostiene.

David Felten: Parece que una de las formas en que has procesado este “más allá” ha sido a través de tus escritos. De todos tus libros, ¿hay alguno del que podrías decir que estás orgulloso, que expresa lo que sientes y opinas?

Jack Spong: Sí. Yo diría que el libro que más me hizo disfrutar al escribirlo fue: *Liberar al Evangelio. Leer la Biblia con ojos judíos*, que se publicó en 1997.

David Felten: Ahí descubriste muchas cosas nuevas.

Jack Spong: Sí, en efecto, así fue. Pero no es que lo descubriera por arte de magia. Me introdujo en ello un gran maestro llamado Michael Goulder. Michael no era un gran comunicador pero fue un gran estudioso y yo pude articular sus puntos de vista. Llegué a apreciarlo mucho. Ya falleció.

Lo que pude ver al escribir este libro es que el cristianismo, en esencia, es judaísmo; que nació en el mundo judío. Jesús fue judío. Sus padres fueron judíos. Sus discípulos fueron judíos. Vivieron y se movieron en un entorno judío.

El primer Evangelio no se escribió hasta 40 años después de la muerte de Jesús. En cuarenta años, el mundo había cambiado mucho. El segundo Evangelio se escribió después de 50 años de la muerte de Jesús, y el tercero después de 60, y el cuarto alrededor de 70 años después. Con el tiempo, la fe cristiana fue cambiando por encontrarse en un mundo diferente. Además, la gente trataba de relacionar a Jesús con una forma de vida que no era la suya propia. Hoy no se niega esto y es importante verlo. Pero hay que tratar de ver cómo unirlo todo.

Si saltamos a los dogmas de la doctrina posterior, hay que decir que Jesús nunca pensó en sí mismo como la segunda persona de la Santísima Trinidad. Nunca pensó ser un Dios-hombre divino. Sin embargo, creo que enseñó y vivió su vida de tal manera que podemos ver, en él y a través de él, que los hombres y las mujeres que somos no somos sólo seres humanos sino seres divinos también. Pienso que esto es respuesta a nuestros anhelos más profundos pero que está muy lejos de lo que hoy es el cristianismo.

David Felten: ¿Hay algún libro tuyo que desearías no haber publicado y por qué?

Jack Spong: El peor libro mío se titulaba *Vivir los Mandamientos* y básicamente trataba sobre los del Antiguo Testamento. La razón por la que quisiera que desapareciera es porque estaba muy mal escrito. Lo hice en el intervalo entre ser Rector de la Iglesia de San Pablo en Richmond y ser Obispo en Newark. En Richmond trabajaba con una gente estupenda que eran buenos editores también. En Newark no encontraba a nadie como ellos y lo edité yo y no quedó bien.

David Felten: Pues que tomen nota los aspirantes a autores: que no editen sus propios libros.

Jack Spong: Más tarde me casé con quien era mi editora favorita. Chris cogía mis libros y los hacía brillar maravillosamente. Un buen editor para un obispo es semejante a un buen Jefe de Gabinete para un Presidente. Si tienes un buen Jefe de Gabinete seguro que vas a ser un buen Presidente. Si tienes un buen editor seguro que serás un buen autor. Y escribir se convirtió en una pasión para mí. Es un trabajo laborioso pero es una creación apasionante, y cada dos o dos años y medio producía un libro, lo cual es un buen ritmo. Pero siempre tenía un buen editor trabajando para mí.

David Felten: Así que aún estás satisfecho del contenido, sólo que aquel libro no se leía tan bien como los otros.

Jack Spong: Sí. Todavía estoy satisfecho. ¡Pero no lo compraría si yo fuera un tipo normal, que busca en una librería!

... / ...

CONVERSACIÓN CON EL OBISPO J. S. SPONG 01-B

por el Reverendo David M. Felten.

8 de noviembre de 2018

PARTE 01-B.- SOBRE MENTES ESTRECHAS Y GRANDES TEMAS

.../...

David Felten: Digamos que hoy estás dando vueltas por una librería. ¿Qué autores te atraen y te dan que pensar? ¿Con quién te gustaría conversar?

Jack Spong: Alguien me preguntó una vez con quién me gustaría cenar y es el mismo tipo de pregunta. Dije que me gustaría cenar con el difunto físico Stephen Hawking. Me gustaría porque lo considero alguien fascinante. También me gustaría cenar con Richard Dawkins, el filósofo y biólogo anti-Dios. Y también con Albert Einstein. Supongo que ninguno de los tres se considerarían cristianos según una definición normal, pero creo que los tres son personas abiertas.

En realidad sí que cené con Richard Dawkins en Oxford cuando estuve estudiando allí. Aquel día había estado en la Biblioteca Bodleiana y había estado terminando de leer *El gen egoísta*, uno de sus primeros libros. Como esa noche yo iba a dar una conferencia en el New College, cené en la mesa principal. Nos pusimos en fila para sentarnos y me senté a su lado. Le di la mano y le dije: “ -- Soy Jack Spong, usted quién es?” Y contestó: “ -- Yo soy Richard Dawkins”. Y le dije “ -- Pues hoy he acabado de leer su libro”. Tuvimos una charla muy entretenida. Era una persona muy encantadora y divertida. Al final, me dijo que sólo había dos obispos en la Iglesia Inglesa que podían comprender de qué estaba hablando en alguno de sus libros y que yo era uno de ellos. El otro era Richard Holloway, de Escocia. Siempre le agradecí el cumplido. Creo que podría convertir a Richard al cristianismo si tuviera tiempo suficiente. Pensé en todos los que escribían libros anti-Dios, Richard Dawkins y Christopher Hitchens, y tantos otros...

David Felten: Sam Harris y Daniel Dennett.

Jack Spong: Sí. Creo que el mejor de todos es Richard Dawkins. Sólo estoy en desacuerdo con algunas de sus conclusiones. Plantea las mismas cuestiones que yo: yo tampoco concibo a Dios como una persona sobrenatural y manipuladora. Él dice que la Iglesia no se plantea otra cosa y yo digo que la Iglesia *tiene* que decir otra cosa, algo más.

David Felten: ¿Qué dice él cuando estáis de acuerdo en que Dios no es una persona sobrenatural manipuladora? ¿Te ve como una anomalía o te trata como alguien que representa un punto de vista legítimo dentro de la Iglesia?

Jack Spong: Él cree que ni Richard Holloway ni yo creemos en Dios, y que estamos de “su lado”. Pero yo sólo puedo decir: “ -- No creemos en el Dios en el que él no cree”. No sé decirlo de otra manera. Quizá también le podría decir: “ -- Háblame acerca de ese Dios en quien no crees. Yo tampoco creo en él”. Pero él no comprende lo que le digo. La gente, incluso atea, no se desprende de lo que se le ha enseñado durante tantísimo tiempo: a pensar sólo en términos sobrenaturales y teístas autoritarios. Ser ateo no quiere decir que no creas en Dios. Si lo tomas literalmente, quiere decir que no crees en el concepto teísta de Dios.

David Felten: Es un concepto difícil de entender para la gente.

Jack Spong: Es verdaderamente imposible. Lo digo siempre y me dicen “ — ¿Cómo dice usted?” Alguien me preguntó una vez si había que ser teísta para ser cristiano. Escribí una columna sobre ello. Es una de las setecientas y pico que he escrito durante catorce años. Yo les digo: “ -- No, no tienes que ser teísta para ser cristiano”. El teísmo es una entre otras formas de pensar acerca de Dios. No es la única ni la última forma de concebir, de imaginar a Dios. La mayoría de los que están en la Iglesia considerarán que esto es pasarse de la raya pero yo pienso que ellos se pasan de la raya por el otro extremo.

David Felten: Creo que ésta es una de esas afirmaciones tuyas que resumen lo que has dicho durante años en tus columnas y en tus libros, y que apuntan en una dirección en la que todavía tenemos que avanzar.

Jack Spong: Esto está vuelto a decir, todo lo claro que he podido hacerlo, en mi último libro: *Increíble (Unbelievable)*. Escribí la última parte de este libro tras sufrir un ictus y ya no puedo volver a escribir; ya no puedo escribir ningún libro más y eso está bien.

Conocí a un profesor que llegó a escribir 105 libros en el transcurso de su vida. No puedes tener un pensamiento que no hayas publicado si escribes 100 libros. Por eso yo le preguntaba a un estudioso cuáquero al que conocía muy bien, y que publicaba un libro cada año: “ -- ¿Qué título *le* has dado a *tu libro* este año?” Y me lo decía. Sin embargo, en el fondo, siempre era el mismo libro.

David Felten: Un nuevo título cada año pero el mismo libro siempre. Como mis sermones semanales.

Jack Spong: Exacto. No se pueden tener tantas ideas nuevas. Yo me repito mucho en mis libros, pero lo hago como lo hace el gorrión: vuelvo atrás para establecer una base y desde ahí avanzo a una cosa nueva; luego vuelvo atrás de nuevo y doy un nuevo paso más, y así sucesivamente.

David Felten: ... Y de esta manera tus lectores adquieren, poco a poco, un sentido amplio de de dónde partes y hacia dónde vas...

Jack Spong: Pienso que, para el público lector de columnas semanales o para un público habituado a un autor, es importante obrar así. Te acercas donde ellos están, los llevas contigo hasta el punto donde ahora estás, y entonces das otro salto u otro paso más.

David Felten: Los llevas contigo.

Jack Spong: Sí. Y me encantaba escribir así.

David Felten: Pues aparte de tus libros y columnas, mis tiempos favoritos con Jack Spong suelen ser cuando veo cómo te las apañas con las preguntas y respuestas después de tus columnas.

¿Cuáles son las dos preguntas más sobresalientes que te han hecho en todos estos años?

Jack Spong: Hay dos preguntas que *siempre* se repiten. Mis lectores, si entendían lo que les estaba diciendo, entonces concluían que el cristianismo se estaba tambaleando. Y las dos cosas que me preguntaban en tal caso eran: “ -- ¿Rezas?” y “ -- ¿Crees en la vida después de la muerte?” Estas dos preguntas eran constantes; se contaban entre las primeras en mis charlas, por ejemplo. Por eso tenía que bregar con ellas especialmente.

Un día estaba hablando con Gretta Vosper acerca de estas dos preguntas y me dijo “ -- ¿Por qué no las trabajamos?” Yo cojo la oración y tú la vida después de la muerte, y escribimos un libro sobre ello.” Así lo hice, y ella también. Su libro lleva por título “*Amen*” y el mío “*Vida eterna: una nueva visión: más allá de la religión, del teísmo, del cielo y del infierno*”. Yo creo en la vida después de la muerte, lo cual sorprende a mis amigos del *Jesus Seminar*, pero no creo en el cielo y el infierno. Entonces, ellos me dicen: “Si no crees en el cielo ni en el infierno, no puedes creer en la vida de después de la muerte.” Pero creo que hay algo profundamente espiritual en la vida humana, hay algo en mi conciencia que va más allá de mis límites y me conduce a la relación con Dios. Confío en ello. Es todo lo que puedo decir. Creo que *Vida eterna...* fue uno de los libros más importantes de mi vida pero no sé si servirá a la gente. A mí sí que me sirvió escribirlo como respuesta.

La gente aplica el mismo criterio a la vida después de la muerte que a la religión, y esto no tiene sentido. Una de dos: o bien la religión te da seguridad y te ayuda a no tener miedo ante la muerte o bien la religión es una idolatría; y, del mismo modo, o bien la vida después de la muerte te da seguridad o bien hay que mantener que “no hay vida después de la muerte”, y esto no es así.

Lo que intento decir es que hay una manera diferente de enfocar este tema. Pero es difícil hablar de esto. Recuerdo que recibí algunas cartas después de la publicación del libro que decían: “ -- Yo te seguía muy bien hasta que llegué al final. Entonces, es que no crees en nada”. Fue una percepción general, pero no era exacto concluir que no creo en nada. Lo que creo es que no puedo *decir* nada acerca de lo que creo.

Tengo absoluta fe en que formo parte de algo mucho más grande que yo pero no puedo decir ni por qué ni cómo. Esto no necesariamente me hace sentir más seguridad de cara a cuando muera; veo a la muerte como algo interesante. Pero lo que me preocupa de la muerte es dejar a Christine y a mis hijas. No se trata de si vivo o muero yo. Esto otro es mucho más importante para mí. Ya sé que Christine puede seguir adelante sola. Podría incluso dirigir la ONU. No me necesita para vivir. Hemos tenido una relación maravillosa. Ha compartido mi vida y yo he compartido la suya y tenemos mucha suerte de tener la relación que tenemos. Esto es lo que me causa una ansiedad que no vivo en ningún otro sector.

Cumpliré 88 años próximamente. Es algo impresionante. No tengo ningún remordimiento, David. Si tuviera que volver a vivir probablemente haría y viviría lo mismo. No hay mucha gente que pueda decir esto. Lo he pasado fenomenal y he disfrutado de mi trabajo. Me ha encantado ser un símbolo. Me ha gustado abrir a mi Iglesia. Miro hacia atrás en nuestra historia y no hay tanta gente como yo. La verdad es que mucha gente como yo sería algo inaguantable!

David Felten: He escuchado más veces algo así.

Jack Spong: ¿Sabes? Creo que la Iglesia sólo podría tolerar uno o dos obispos como yo cada vez. Pero con esto es suficiente. Sin esos uno o dos, creo que la siguiente generación será... No sé quién será la nueva personalidad inquietadora pero alguno surgirá. Alguien lo tiene que hacer y seguro que en algún sitio está ya.

CONVERSACIÓN CON EL OBISPO J. S. SPONG 02-A

por el Reverendo David M. Felten

Noviembre 8, 2018

Parte 02-A.- REPASO BIOGRÁFICO. ACERCA DE REVOLUCIONES Y RELACIONES

David Felten: Pese a los conflictos y las resistencias, en el transcurso de tu carrera has podido ayudar al avance de muchos asuntos. ¿Dónde crees haber producido mayor impacto?

Jack Spong: Creo que siempre se trata de un mismo tema que se manifiesta de diversas formas. Primero, fue el racismo. Éramos un pueblo étnico y lo primero que tuvimos que hacer fue ir más allá de la identidad étnica.

Crecí en el Sur, en un entorno con mucha segregación. No sabía en qué medida era yo racista pero siempre me sentía incómodo ante el racismo. Recuerdo que, cuando yo tenía tres años, mi padre contrató a dos hombres para que le ayudaran a construir una pared de ladrillos a un lado del jardín. Me dijo que les podía ayudar y aquello me hizo ilusión. Cuando llegó el día, aparecieron dos hombres, los dos negros. Negros. Uno era mayor, y el más joven era su ayudante. Mientras estaba ayudando, el mayor me dijo algo. No recuerdo qué. Le respondí como me habían enseñado que había que responder a las personas mayores. Le dije: “ – Sí, señor”, o “ – No, señor”. No recuerdo bien.

Mi padre se quedó parado, me cogió, me metió en casa y me mandó sentar. Me dijo: “ – No hay que decir 'señor' a un negro”. Esto ocurría en los años 30. Yo no comprendía lo que mi padre me quería decir. Me había enseñado a dirigirme a una persona mayor como “señor” y aquel hombre era mayor. No lo entendía. Verdaderamente, había algo hartito extraño, que no entendía. Hice lo que solemos hacer todos: lo archivé. Y pensé: “ – Mi padre está equivocado”. Normal. Todos los chicos, cuando llegan a los trece años, acaban por pensar que no hay nada que hacer con su padre, que éste siempre está equivocado.

David Felten: Sin embargo, para tener sólo tres años, eras muy perspicaz.

Jack Spong: Había algo ahí que yo intuía que era negativo. Más tarde fui a la escuela. Yo no sabía que iba a un colegio con segregación racial. No caí en la cuenta de que no había niños negros allí. Pero, a los 10-11 años, cuando fui a otro colegio en Charlotte, tuve una experiencia nueva: era un colegio para negros, con maestros negros y con un director negro. Se me abrieron los ojos: “ – Los negros sí que van al colegio; sólo que no van al mío”.

Recuerdo que participamos en una asamblea. Éramos los invitados de honor de aquel colegio. Pienso que el director que nos llevó allí tenía bastantes agallas. Era 1942 y el tema del racismo no se planteaba en el Sur. Nos sentaron, a todos los invitados de honor, en el escenario y empezaron con su ritual de la mañana: cantaron el himno nacional, juraron su lealtad a la bandera y recitaron el Padre Nuestro todos juntos.

Todas aquellas cosas me eran familiares. Pero también lo eran para todos aquellos niños negros. Recitaban la misma oración que yo rezaba a Dios sólo que no la recitábamos juntos. Me preguntaba cuál sería la razón de aquello y no lo comprendía. De nuevo no supe cómo reaccionar a todo aquello porque sólo tenía 10 años.

Más tarde – a los 15, 17, 18 años – ,formé parte del *Young People of the Diocese of Carolina* (Jóvenes de la diócesis episcopaliana de Carolina del Norte). Fui elegido Presidente de dicha agrupación y acudí a la convención de una iglesia. Allí me encontré con alguien que me dijo que él era el Presidente del *Young People* de Carolina del Norte. “ – ¿Pero, cómo puede ser – le dije –? Fue a mí a quien eligieron Presidente”. Pero, claro, él era negro. Entonces, por primera vez, comprendí que teníamos dos organizaciones: un *Young People* para negros y un *Young People* para blancos. El chico aquel se llama Perry Leazer y aún somos amigos.

Entonces fui a ver a mi Obispo y le dije: “ – Tendríamos que organizar un encuentro, una convención anual (todos los años la organizaban los *Young People* blancos). Pero, ¿por qué no invitamos a Perry Leazer y a todos los *Young People* negros?” (Para entonces, ya les llamábamos *Young People* “de color”). El Obispo me miró y me dijo “ – ¿Sabes? Creo que la gente de Carolina del Norte no está preparada aún para esto”.

Bueno, pues yo era de Carolina del Norte y *sí* estaba preparado para eso. Me pregunté a quién se estaría refiriendo porque recuerdo que aquello también me chocó. El Obispo era un buen hombre y yo lo respetaba mucho. Pero de repente me dije a mí mismo: “ – Es como mi padre. Está equivocado como él. Seguro que no ha pensado en esto todavía”.

Te cuento sólo unas pocas experiencias que tuve aún muy joven. Sin embargo, se convirtieron en algo sumamente importante para mí. Estaba yo ya en el seminario cuando se tramitó la ley del caso *Brown contra el Consejo de Educación* y supe que aquel caso iba a jugar un gran papel en mi vida mientras permaneciera en el Sur. Y así fue. Todo lo que hice en Lynchburg, en Richmond o en Tarboro (las tres iglesias donde serví) tuvo que ver con el racismo.

Actualmente, un Afro-americano es Obispo Presidente de la Iglesia Episcopaliana. Esto me alegra el corazón. También él fue obispo de Carolina del Norte, mi diócesis, antes de ser elegido ser Presidente.

Esta fue, pues, una de las revoluciones que hubo y que yo viví y en la que contribuí. Los héroes de aquel movimiento fueron Martin Luther King, Jesse Jackson, Desmond Tutu y muchas otras personas impresionantes que tuve el gusto de conocer.

Así que esta fue una de las revoluciones aunque, hoy en día, ya no se considera muy revolucionaria. Ha pasado mucho tiempo. Pero entonces supuso una revolución enorme y una gran toma de conciencia. Ahora acabamos de tener un Presidente negro. Me siento orgulloso por ello.

La segunda revolución fue la de las mujeres. No sabía que yo era sexista, un sexista patriarcal, pero lo era. Me educaron así. Mi madre nunca me dejaba hacer nada en la cocina que no fuera sacar la basura, que era tarea de los hombres. Todo lo demás era tarea de la mujer. Aun así aprendí a cocinar y fui un buen cocinero. Mi madre no lo podía asumir: “ – Los hombres no cocinan”.

En la iglesia, las mujeres eran las “auxiliares”. Era lo más raro del mundo. Las llamábamos las “auxiliares” *de* la iglesia. No eran “*la* iglesia”. La iglesia era cosa de los varones y las mujeres eran las auxiliares de la iglesia.

Así que entablamos una gran batalla. Estaba en Richmond cuando empezó. Recuerdo haber elegido a una mujer como lectora seglar. Esto hoy no parecerá muy revolucionario pero entonces fue algo muy radical. Era una mujer inglesa que hablaba un inglés maravilloso. Cuando se puso de pie y leyó las lecturas, la congregación casi se desmaya. Cuando administró la Comunión, ¡nadie se alineó en su lado para recibirla de ella!

Las chicas no podían ayudar en la misa. Como padre de tres hijas, no comprendía por qué no podían hacerlo así que nombré, por primera vez, a una chica como acólito, y le asigné el servicio de las 8 de la mañana; un servicio al que sólo acuden unas pocas buenas personas. Supe que iba a tener problemas cuando la chica se desmayó de repente en mitad del servicio. Sin embargo, tenía la certeza de que teníamos que favorecer el liderazgo de las mujeres.

Nunca una mujer se había encargado de la sacristía en nuestra iglesia de Richmond. Lo intentamos varias veces; yo las designaba pero nunca las elegían. Así que fui a ver a la señora más rica de nuestra iglesia (y cuyo compromiso con la iglesia era mucho mayor de lo que la gente pensaba) y le pregunté si aceptaría ser candidata para la sacristía. Accedió. Hice que se presentara y reté a los miembros de la iglesia a que rechazaran a la mayor donante que jamás había tenido la comunidad. No la rechazaron sino que la eligieron. Sin duda fue la peor mujer encargada de la sacristía que tuve. Era como la mano derecha de Atila, rey de los Hunos. Pero su elección rompió una barrera y yo le estaba más agradecido cada día por haber podido contar con ella. A partir de su elección, tuvimos luego un montón de mujeres estupendas de todas las generaciones que se fueron sucediendo.

A continuación, había que nombrar a mujeres para que fueran sacerdotes. Creo que fui el responsable de que las mujeres llegaran a ser sacerdotes. Sé que lo fui en el caso de Inglaterra pues ordené sacerdote a la primera mujer inglesa que lo fue. Cuando trajimos a obispos africanos a mi diócesis siendo yo obispo, ellos pudieron ver cómo trabajaban estas mujeres sacerdotes. De vuelta a su tierra, ordenaron a mujeres como sacerdotes en Uganda, Kenia y Liberia. Creo por tanto que también fui responsable de que las mujeres entraran en el sacerdocio en aquellas Iglesias.

Hoy, esto no es ningún problema entre nosotros, no así entre los católicos-romanos. Hemos tenido una mujer como Obispo Presidente. Incluso en Inglaterra, con lo lentos que son, hay ahora un número significativo de mujeres obispos. Todavía ninguna ha sido Arzobispo de Canterbury pero esto llegará .

Esta fue la segunda revolución. Hemos integrado a los negros en nuestras iglesias y también a las mujeres, blancas o negras. La nueva Obispo de nuestra diócesis es una mujer negra. Y esto es algo muy importante.

... / ...

CONVERSACIÓN CON EL OBISPO J. S. SPONG 02-B

por el Reverendo David M. Felten

Noviembre 8, 2018

Parte 02-B.- REPASO BIOGRÁFICO. ACERCA DE REVOLUCIONES Y RELACIONES

... / ...

David Felten: La tercera revolución debió de ser entonces la afirmación e inclusión de la gente LGTBI en la Iglesia.

Jack Spong: También estuve en el meollo de esto. ¡No sé cómo he llegado a estar en el meollo de tantas cosas! Y no será porque yo empezase siendo liberal. Me educaron tan homofóbicamente como a cualquiera. No supe lo que era un homosexual hasta los 15 o 16 años. Y cuando escuché esta palabra y alguien me dijo su significado, asumí la definición que daba mi iglesia. Como liberal, tenía que tener compasión de aquella gente pues eran unos enfermos. Como conservador, hubiera tenido que pensar que había que condenarlos porque habían optado por una vida pecadora.

Pues bien, con el tiempo se fue haciendo patente para mí que ser homosexual significa simplemente tener una diferencia que es inherente al propio ser. Nadie opta por ser heterosexual y, por tanto, tampoco nadie opta por ser homosexual. En cuanto tuve esto claro, fue patente para mí que nos habíamos portado terriblemente mal con la gente homosexual. Sólo conocí a una persona homosexual antes de ser obispo, y fue un mujer enfermiza que se ajustaba a todos los estereotipos con los que crecí. Parecía estar enferma y así pensaba yo que debían de ser todos los homosexuales.

Entonces fui a Newark para ser obispo y entré en contacto con homosexuales que o bien eran sacerdotes o bien se contaban entre los laicos que eran líderes en la diócesis. ¡Y ni siquiera sentían vergüenza de serlo! No lo podía creer. Así que pensé que tenía que ponerme a estudiar.

Me fui al Colegio Cornell de Medicina y hablé con un médico amigo mío: Robert Lahita. Me invitó a ir a ver las investigaciones que estaban realizando sobre sexualidad y accedí con gusto. Trabajé con él alrededor de seis meses. Conocí a todos los médicos que trabajaban allí y no encontré ni uno que pensara que la homosexualidad era mala moralmente o que era una enfermedad. Sólo veían que era una diferencia. Ser pelirrojo es ser diferente; ser zurdo es ser diferente. Puedes ser diferente sin ser malo por eso. Todos estaban convencidos de que la

homosexualidad no tenía nada que ver con tomar una opción; las personas no eligen su sexualidad.

Cuando llegué a asumir que esto era así, tuve que hacer algo porque no puedes estar convencido de algo y no hacer nada. Así que me abrí a la posibilidad de ordenar a personas gays en la diócesis. Cuando ordené al primer hombre homosexual me dijeron que ordenaba al primer homosexual pero esto era de risa: muchos sacerdotes, de diferentes Iglesias, lo eran clandestinamente. Pero cuando lo hice, lo que hice fue ordenar al primero que vivía una relación homosexual de forma pública y reconocida. Al final, la persona elegida no fue una buena elección pero, en cualquier caso, la elección en sí cumplió su objetivo.

Se armó una verdadera revolución: ¡fue una especie de guerra increíble! Sufrí amenazas de muerte y de todo tipo. Emocionalmente, fue la peor de las tres revoluciones. Pero ya pasó. En 2003, Gene Robinson fue elegido obispo de New Hampshire y fue confirmado por la Sede de Obispos después de una polémica enorme. Esto sucedió tres años después de mi jubilación. Gene resultó ser un gran obispo y, desde entonces, hemos tenido otros obispos gays y lesbianas. En Nueva York, la diócesis más grande de nuestro país, una lesbiana quedó en segundo lugar: ¡una lesbiana, segunda, justo detrás de un hombre que la ganó por los pelos nada más!

Contemplo nuestra Iglesia y la gran revolución que hemos atravesado: actualmente tenemos a personas gays sirviendo en muchas iglesias — 35 en mi diócesis cuando yo me jubilé. Ahora no sé cuántas personas hay así. Probablemente muchas más, y en todas partes. Ya no son objeto de controversia.

Recuerdo cuando George Carey vino a los Estados Unidos como arzobispo de Canterbury y se dirigió a la Sede de los Obispos con estas palabras: “ — Ya va siendo hora de que la Iglesia abandone sus inquietudes acerca de la sexualidad y empiece a predicar el Evangelio”. Entonces, yo me levanté y le respondí: “ — Pero eso *sí* que es predicar el Evangelio. No se pueden separar así unas personas de otras”. George Carey se jubiló poco después y probablemente fue el arzobispo de Canterbury más infructuoso que hemos tenido.

Pero la iglesia ya ha sobrepasado todo este tercer conflicto, lo cual me da mucho ánimo. Si miro hacia atrás, veo a algunos héroes de la iglesia, escondidos entonces en sus armarios, pero haciendo ya su trabajo, sirviendo en lugares donde las parejas heterosexuales no querían ir, por ejemplo en las zonas marginales que ellos intentaban transformar.

Así que hemos avanzado mucho con estas tres revoluciones y creo que la iglesia es mucho más íntegra, más santa, más acorde con su naturaleza, en estas tres cuestiones.

David Felten: Y todos comprometidos en el duro trabajo de formarse a sí mismos.

Jack Spong: Eso es. Y formando a la gente también. Sería imposible hacerlo sin un compromiso con la institución. Mi gente pertenecía a la institución y yo les daba formación. Cuando fui obispo de Newark, organizamos una serie de conferencias bajo el título “*Nuevas Dimensiones*” y tres o cuatro veces al año invitaba a uno de los grandes líderes de nuestra Iglesia a nuestra diócesis. Eran unas series estupendas. Cada uno dedicaba uno de los días a dar diferentes conferencias. Y era constante el río de nuevas ideas que cambiaban la manera de pensar de la gente. Hicimos surgir toda una nueva generación.

Y esto tiene que ser así. No puedes dirigir una iglesia exclusivamente para beneficio de la gente que está en ella. Tienes que hacerlo también para aquellos que *no* están. Tienes que seguir abriendo puertas y haciendo grietas en las estructuras, atrayendo a la gente. Claro que esto causa malestar. No puedes ser cristiano si no despiertas controversias. Estoy convencido. Por eso uno sigue adelante suscitándolas. Pero lo importante es amar a la gente mientras lo haces. Esta es la clave. Yo amaba incluso a los que estaban más en desacuerdo conmigo — y me aseguraba de que supieran que era así por mi parte. Era una tarea difícil. A otros, los echaron por hacer lo mismo que yo. Pero creo que nunca estuve cerca de que me expulsaran de la Iglesia.

David Felten: ¿A qué lo atribuyes?

Jack Spong: Bueno; yo me tomaba mi papel muy en serio. Cuando fui a Richmond, me hice con una lista de todas las personas enfermas y de todas las personas mayores que no salían apenas de sus casas. Nuestra parroquia era una iglesia muy grande: tenía alrededor de 1800 miembros. Hice la lista de todos e hice un gran esfuerzo por ir a verlos a todos y tomar el té con cada uno de ellos. ¡He bebido más té de lo que te puedes imaginar! Y escuchaba cómo me contaban la historia de aquella iglesia. En líneas generales, era la historia de la Confederación. Apreciaba a aquella gente y aprendí de ellos.

Por eso, cuando yo hacía algo que algunos consideraban una locura, había personas que se dirigían a ellos y les preguntaban “ — ¿Tú qué piensas de esto?” Y ellos contestaban: “ — Bueno; quizá se precipita un poco... pero viene de visita y tomamos el té juntos”. Esto era lo que más les importaba.

Querían relacionarse conmigo y yo respondía. Y me encantaba hacerlo porque ellos me daban mucho. Tengo anécdotas estupendas de personas de 80 y de 90 años. Cuando fui a Richmond, tenía 38. Conocí, por ejemplo, a una mujer pequeña, soltera, que falleció a los 90 años. Dejó instrucciones en su testamento para que no la embalsamaran. ¡Qué cosa más curiosa! Su razón era enternedora: jamás la había visto desnuda un hombre y no quería que ninguno la viera así después de muerta. Fue curioso. No sé cómo se las arreglaría el de la funeraria para cumplir su deseo pero lo hizo. ¡Al menos confío en que lo hiciera!

Hay que tener en cuenta que la iglesia de Richmond era en cierto modo una iglesia Confederada. Durante la Segunda Guerra Mundial, algunos marines de Norfolk tuvieron una pelea en el centro de Richmond con algunos tipos de la localidad. Empezaron a tirarse piedras y un marine tiró una que atravesó la ventana de nuestra iglesia, dedicada a Robert E. Lee. Un representante del Gobierno federal vino para decir que lo sentían mucho, que había sido un recluta de la Marina y que les gustaría abonar el importe. Entonces, una mujer de nuestra congregación se levantó y dijo: “Nunca se utilizó dinero federal para la ventana Lee y tampoco se va a utilizar ahora”. Y lo pagó ella misma. Son anécdotas geniales.

Hoy contemplo esta iglesia desde la perspectiva de alguien retirado que se sienta en sus bancos. Tiene una feligresía significativamente negra, un coadjutor negro, y el Presidente de la Universidad de Richmond, un hombre negro, es miembro de esta iglesia de san Pablo. Estoy orgulloso de todo esto.

En Tarboro serví en dos iglesias episcopalianas separadas entre sí por una manzana. Una era para negros, la otra para blancos. Fue difícil que se relacionaran pero actualmente se llevan muy bien. Durante el verano, cierran una de las dos y la gente acude a la otra las cuatro semanas de julio y otro tanto ocurre en agosto pero a la inversa. Así se crean amistades y ver todos estos cambios que se van dando me causa un gran placer.

David Felten: ¿Cuál sería para ti la siguiente revolución? ¿Cuál es la cuarta?

Jack Spong: Durante años pensé que la cuarta revolución sería la del cambio climático pero me temo que nunca vamos a abordar este tema. Sin embargo, lo tenemos que hacer. Es una de esas cosas que no podemos hacer solos. Hay que hacerlo conjuntamente. Y esto quiere decir que algunos tendrán que sacrificarse para que se lleve a cabo. El individualismo no va a solucionar el cambio climático.

Pero al mismo tiempo pienso que la Iglesia cristiana tiene que verse a sí misma de manera distinta. Jesús fue un rompedor de barreras y cada vez que una barrera crea enemistades entre un bando y otro, la fe cristiana tiene que derribar esa barrera. En esto consiste la salvación de la Iglesia. Si hacemos esto, seguiremos siendo relevantes.

David Felten: ¿Entonces, la siguiente barrera que ha de superarse podría ser una barrera teológica — el derribo de un enfoque teísta exclusivo?

Jack Spong: Sí, creo que hay que romper todas las barreras. Romper las barreras que conciernen a las creencias, a la *literalidad* de esas creencias. Hay que romper la barrera que hay entre los que son practicantes y los que no lo son. El cristianismo no puede vivir en un mundo con barreras que enfrentan a unos con otros. Así que siempre vamos a crear controversia, y hay que aceptar que tenemos que ser polémicos. Nuestra naturaleza nos exige debatir todo lo que haya que debatir. Si

dejamos de crear polémica dejaremos de ser cristianos pero esto no es fácil de acoger por la gente. Sin embargo, ahí estamos.

David Felten: No es éste el mensaje que la gente escucha en las iglesias americanas. De hecho, el mensaje que se escucha es justo lo contrario.

Jack Spong: Tienes toda la razón, es lo contrario. Para contrarrestar esto hay que examinar la historia y ver lo que hacía Jesús: siempre iba a buscar a los que estaban fuera para meterlos dentro; ya fueran fariseos por un lado o prostitutas por otro. Siempre los traía y los incluía. Esto es lo que tiene que hacer la Iglesia.